

Apuntes del Hermano Antonio Tarable
Misionero Salesiano en la Tierra del Fuego

(De sus manuscritos)

Voy a contar un cuento histórico.

Se trata de un hombre que ha padado gran parte de su vida en este territorio de Magallanes. Me decía esta persona que antes de su llegada, no habla oído hablar nunca ni bien ni mal del clima, ni de la variación del tiempo, ni de los grandes fríos que pintan algunos que pasan una temporada en este territorio. Ni tampoco de los trabajos por tierra por montes o a caballo, arreando vacas u ovejas; ni de los malos pasos que hay en este vastísimo territorio. tampoco habla oído hablar de los grandes peligros que hay en viajar con barcos chicos, o grandes vapores, por los muchos canales de estas regiones. Solo había oído decir que en la Patagonia y Tierra del Fuego había muchos salvajes que comían carne humana, que no se podían civilizar, y que se corría grave riesgo de sustan a cualquier persona que viene del otro mundo, del mundo de los civilizados de la vieja Europa.

Empieza a vivir algunos meses en Punta Arenas, para hacerse una idea de este territorio. Después de seis meses fue 8 meses fue, embarcado en un gran barco de 3 toneladas, para recorrer una distancia de 50 millas. Apenas estuvo a bordo no vió ni tierra ni agua por espacio de 24 horas, a causa del terrible mareo que lo tenía como muerto. No sé a donde iba; me abandone a la Providencia. Cuando hubo pasado todo el día y dos noches, el pequeño barco se encuentra entre dos puntas de tierra y un cerro de unos 150 metros de alto hacia el frente a unos dos kilómetros de distancia de nuestro barco: de una a otra punta no alcanzaria un kilómetro. Estando tan cerca de la tierra se me pasó el mareo, y le vino tanto apetito que acercandose a una bolsa de galletas, se comió una media docena. Mientras tanto el barco pasaba delante de una vuelta y entraba en una Bahía en cuyo fondo se veían dos o tres casitas que señalaban el lugar donde debíamos fondear el gran barco. Dije, Deo Gratias. Después de una hora el barco fondeó cerca tierra.

Bajando a tierra la primera impresión fue de ver una Padre y un hombre con la cabeza envuelta para tapar las heridas que recibieron de 4 indios que intentaron asesinar a los dos para apoderarse de todo lo que tenían en la casa. Por gracia de María Auxiliadora se salvaron porque el golpe no fue fatal. El P. José tenía una herida en el mento bajando hacia el cuello. El hombre tenía tres heridas: una en la frente sobre la nariz; otra en el brazo, por levantarlo en defensa del Padre. Pero los Indios no habiendo alcanzado su fin, huyeron llevándose dos vacas por el campo, hasta el sur de la Isla, para comérselas; menos mal si la cosa hubiera terminado con las dos vacas; pero no fué así, pues debiendo salir el barco para Punta Arenas, debía salir también el hombre herido, para hacerse curar por el medico; pero el barco no pudo llegar a Punta Arenas, pues se fue a pique y se ahogó el hombre que estaba herido; de manera que los dos marineros debieron caminar seis días por la playa para llegar al punto de donde hablan partido.

Así se quedó el hombre de quien estoy contando el cuento, con la esperanza de ser comido por los indios. La primera excursión fué con los dos marineros para ver si dábamos con los malvados indios. salimos a las

7 de la mañana para volver a las diez de la noche; por un campo desconocido, por montes y playas hasta dar con los asesinos, los cuales se escaparon por temor de nuestras carabinas y armas, dejando encendido el fuego y a su lado restos de carne y cuero de las dos vacas. Nosotros nos contentamos con saber donde estaban. Encontrándose en la misma Isla siempre podrían hacer un asalto a la casa donde estábamos, y al improviso, de modo que no se estaba muy tranquilos.

Un mes después llegó una tribu de indios alacalafes, con cinco familias que sumaban unas veinte personas; los chicos estaban desnudos y los grandes cubiertos con alguna piel de guanaco, de lobo o de zorro. Los nuevos indios eran muy miedosos; tenían miedo a los indios malos que eran los que habían tentado contra la vida del P. Pistone. Me dijo entonces el hombre del cuento, que se animó con saluñ, celo y un coraje tal, que de nada se asustaba por cualquier cosa que le sucedía. Por de pronto lo primero que hizo fue conocer bien el campo para guardar bien las vacas para que no se perdieran; y después vigilar sobre los indios para que no las robaran para comérselas a su gusto, especialmente la tribu mala que no se lejaba de la misma Isla, para comer sin trabajar. Cuando daba alguna excursión en el monte sin trazas de camino, en aquellos bosques impenetrables, alguna vez se perdía en él sin poder llegar a casa, pasando a veces en el bosque sin comer y sin ropa para abrigarse del frío, y esto a veces solo y a veces acompañado de un o dos indios, los cuales cuando oían el ruido de un pájaro, decían ser "hombre malo"; tenía entonces que hacerles coraje diciéndoles que si venía lo mataría con la escopeta.

Llegando pues el invierno, llegaron y vinieron otros 50 indios a la Misión, la cual los mantenía vestida y calzaba y esto por 4 o 5 meses. Pero ha aquí que el primero de Agosto, de noche se escaparon todos; a la mañana me di prisa para tomar el caballo y ver a donde habían ido. Por fortuna había caído un chubasco de nieve y esto me sirvió para seguirles el rastro hacia un punto del campo. Pero como en el invierno las vacas se habían alejado de la misión internándose en el bosque monte y como los indios tenían consigo y muchos perros que les servían para cazar animales, a un cierto punto siento el ladrar de muchos-perros- varios perros en el monte, entonces dije entre mí "Aquí están". Yo que tenía conmigo el revólver de seis tiros me lanzo en derecha de los ladridos de los perros, gritando: "Ay de aquel que maltrata a un animal"; en la casa tienen bastante de comer sin que sea necesario venir a buscar vacas al monte" y al mismo tiempo descargué los seis tiros del revólver; sin más me quedé calladito durante una hora y buscando por si acaso encontraba restos de algún animal; luego volví a casa. Al día siguiente volví a seguirle el camino acompañado de un peón. Después de haber caminado todo el día, hacia el anochecer, alcanzamos ver un toldo donde vivían algunos. Tentamos de acercarnos para saber quienes eran, pero tenían tanto miedo que se escaparon como guanacos, menos dos indios que se escondieron dentro de una mata de calafates. Los conocimos, los convidamos a venir con nosotros y como nos conocían se vinieron con gusto para pasar la noche dentro del bosque y aprovechar de nuestra comida. Mientras tanto les preguntamos donde se encontraban los otros, para podernos acercar a la mañana siguiente. Fuimos para verlos, pero apenas nos vieron huyeron como perros perseguidos por guanacos. Por el monte hablé ^{alguno} que otro poste y entré uno y otro bosque alcancé a ver tres indios, que conocí perfectamente y los llamé por su nombre; ellos se paraban temblando y para acercarme más fácilmente deje caer la escopeta en el pasto. Cuando me vieron sin el arma se dejaron acercar diciendo que no habían matado ningún animal; tenían las manos cargadas de piedras. Entonces les pregunté dónde

de estaban las otras familias. Me contestaron por señas diciendome que estaban muy lejos. Les dije entonces que volvieran a casa, que allí no les faltaría nada para comer y vestirse, y nos separamos a amigos.

A la semana después, me decidí dar una excursión solo, de algunos días con capa y víveres para cuatro o cinco jornadas. Como donde me dirigía no eran lugares practicables, decidí ir a pié. Al segundo día al doblar una punta, veo mucha s personas que marchaban hacia mi. Me subo más alto para ver mejor y saber quienes, eran, si sé ser yo visto. Eran como 30 personas que volvían a la misión. Continuando mi camino me di cuenta que había cruzado la Isla de Este a Oeste. Cambiando un día más hacia el Este volví de donde había salido. Y varios de los Indios volvieron en unos quince días a la misión, mansitos, mansitos, contentos de quedarse en ella, ganándose algo para la vida. Los Indios malvados habían sido llevados presos a Punta Arenas en el mes de Enero, pero volvieron al fin de Septiembre, a su tierra, para buscar a su familia o a sus mujeres. Parece que de Punta Arenas se escaparon o los dejaron en libertad. Estos indios que estaban presos se fueron por el Sur cerca del cabo Fragua. Se construyeron una canoa de cáscara de palo para pasar el estrecho y venirse a la misión. Un día me encuentro con cuatro indios en el campo. Hablamos pensado pernoctar en él, cuando al anoche cervimos humo en la parte Sur de Bahía Lomas. Yo que sabía que los táceros se habían fugado de la cárcel, tuve duda sobre lo que debía hacer, y opté por no preocuparme de ellos tomando además una excusa con los que estaban conmigo, de que iría a la casa para buscar galletas para todos y también para avisar al Padre sobre mi duda. Aunque de noche volví a casa en tres horas de camino, debiendo en ciertos puntos encender fuego para ver donde ponía el pié. A la mañana siguiente me ensillo el caballo, lo cargo con media arroba de galletas y me marché otra vez, pero no sin escopeta y revólver. cuando en el camino me encuentro con los cuatro indios que se habían escapado de Punta Arenas, (Fin del mes de Septiembre de 1890)

Desde aquel día fueron siempre esperados de un día para otro para ver si el Padre los recibía como amigos; pero por el contrario el P. Pistone no podía recibirlos especialmente a aquellos tres que atentaron contra su vida. De este modo dos familias fueron desterradas de la Misión; pero ellos buscaban de vivir de los animales que estaban en la misión aunque viviendo lejos. De tanto en tanto venían los hombres en busca de algunos. Eran siempre un peligro para la misión y yo buscaba el modo de alejarlos de ella. De día y de noche buscaba de sorprenderlos en el campo. Al fin un día los veo arriar un pino de animales. Hacia el anochecer me voy me voy para ver donde vivían, porque en esas horas encienden los fuegos que le duran toda la noche; así pude darme cuenta donde se encontraban. A la mañana me vuelvo temprano para hablarle con seriamente; (Fin del 1891) Con un buen caballo, la escopeta al hombro me fui derecho donde estaban ellos que estaban siempre previstos. No me dejaron acercar que uno de ellos me viene al encuentro para hablarme, y yo lo saludé como amigo porque lo conocía y le dije que si quería venir a la misión habría de comer para todos; pero que no hicieran dano por el campo de lo contrario se fueran muy lejos de la misión, porque si se quedaban cerca vendría con soldados y los llevaría presos a todos, o los mataría; que pensarán que en este punto no tendrían segura la vida. Dicho y hecho: nos saludamos y por dos o tres días vigilando de día y de noche pudimos constatar que los indios no se iban. Una noche después de cena, tomamos el cùter entre personas, y fuimos a ponernos de frente, de un punto a otro había que pasar una bahía de 3 o 4 Km. Cuando llegó la media noche y todo estaba tranquilo, pasamos con el cùter la bahía, casi cerca donde estaban los indios. Allí les descargamos unos quince o veinte tiros, no en di-

rección sino para asustarlos y cumplir con la palabra. Con este acto se concluyó la molestia de esta tribu de indios, tan peligrosa para todos. (mitad del 1892)

Se ha vivido después, por dos años, con más tranquilidad con un centenar de indios, procurándoles todo lo necesario para la vida, instruyéndolos y haciéndoles conocer sus deberes religiosos y enseñándoles a trabajar para ganarse la vida. Después de este tiempo vinieron unos 200 indios más, casi todos "onas. Entre tantos salvajes nunca dejó de faltar algún indio malo, que diera no poco trabajo para dominarlo. Y cuantos gastos para proveerles lo necesario. A este propósito, Mons. Fagnano mandó muchos vacunos para proveer la carne; pero siendo Invierno las vacas sufrían mucho. En medio de la noche y nieve no pudieron vivir; de modo que más de la mitad se murieron de hambre o de frío. Los que sobrevivieron y pudieron internarse en el bosque se desparramaron por toda la Isla y de ellos no se pudieron aprovechar sin grandes y trabajos para todos. Se reprodujeron extraordinariamente por toda la isla, como los indios; se volvieron muy bravos, con peligro de la vida de los que se les acercaban. Para aprovecharlos, lo mejor era cazarlos a balala.

Una noche sabiendo que unos indios rebeldes vivían en un monte poco distante de la misión, formamos una cuadrilla bien armada entre civilizados e indios medio domesticados. Yo que sabía donde vivían, para sorprenderlos y rodearlos de modo que no pudieran escaparse por otro lado, los dividí en varios grupos. A la primera señal de haberlos visto, de todas partes se oían tiros y gritos: "Agárralo, corre por acá, corre por allá". Los pobres indios no se atrevían a moverse, mientras algunos de los buenos se les acercaban hablandoles como amigos aconsejándoles que se vinieran a la misión donde no les faltaría alimento y casa para abrigarse. Así se rindieron por fuerza; vinieron a la casa pero algunos de los hombres no quisieron estar y se escaparon otra vez. Pero les tocó quedarse por fuerza porque los buenos se encargaron de buscarlos a toda costa hasta ponerlos presos encerrados con candado bien fuerte. Algunos de ellos, disgustados, la emprendieron con sus mujeres peleándose con ellas, hasta que una noche queriendo ellas seguirlos al bosque se armó camorra y uno de ellos intentó matar a su compañera asestandole algunas cuchilladas y dejándola por muerta. (fin del 1897)

Mientras tanto los indios sabiendo que por cualquier parte anduvieran siempre encontrarían animales para su alimentación, los que eran enemigos del trabajo, se iban a pasear y se quedaban afuera a veces meses enteros sin saber donde se encontraban. Buscaban el paraje de los animales y colocaban su choza cerca de los senderos por los cuales estos pasaban. Cazaban algunos de ellos para alimentarse y su piel la empleaban para hacerse zapatos o para cubrir sus chozas y resguardarse mejor de la lluvias. La carne era para ellos más que suficiente para vivir sin otro trabajo. Digo esto porque más tarde encontré varios de estos parajes, cuando iba en busca de animales por los montes, para alimentar a los que trabajaban en casa. Una vez con sus perros arrearon una cantidad de ovejas hacia una laguna para proveerse la carne para el Invierno y sorprendí a los ovejeros en el acto de carnearlas. Hacían esto no por robar sino por no trabajar y vivir a su gusto, ser libres y hacer su gusto; pero los indios buenos se tomaron el encargo de buscarlos a viva fuerza, encerrarlos y darles el castigo que merecían. Estuvieron un año de lucha entre unos y otros. De día y de noche se iban por el campo para sorprenderlos,

.....
.....(aquí termina el manuscrito de esta relación)

Fragmentos.....

.....esta tribu de indios, muy peligrosos después de ser asustados durante la noche pensaron de trasladarse a la Tierra del Fuego. Después de una no tuvieron una pelea con otra tribu, pelea en la que murió el capitán que era aquel que tentó contra la vida del P. Pistone, y su hijo mayor que era aquel que vino a hablarme cuando le dije que vinieran a la misión o que fueran lejos de ella. Así se supo el fin de todos aquellos que querían apoderarse de todos los bienes de la misión. Los que quedaron se volvieron mansitos. Cuando veíamos fuego y humo frente a la misión, entendíamos que eran señales de los indios para que los fuéramos a buscar. De esta suerte yo mismo con una chalupa y cuatro indios fui a buscar a los restantes de la refriega y traerlos a la misión, donde por mucho tiempo se portaron bien. Dos hombres ayudaron mucho para el servicio del campo y las mujeres eran de ejemplo para las otras. Una niña vive todavía se casó con un civilizado que actualmente vive en el seno del Almirantazgo. (1893)

En el 1890 en el mes de Diciembre, vino una visita a la misión con Mons. Fagnano. Juntamente con él venían varios señores y señoras Franceses. Se aprovechó de esta ocasión para dar el bautismo a varios indios adultos; creo eran cerca de 40. Sirvieron de padrinos dichos señores haciéndose en ese día una bonita fiesta que si mal no recuerdo fué el día 11 de Diciembre del año 1890. Al día siguiente estos caballeros deseaban dar un paseito por el campo. Era poco tiempo que los indios del atentado habían vuelto a la isla por lo que crimos prudente armarnos.... por si acaso. Salimos como a las nueve de la mañana, yo con tres hombres para pasar a la parte Suroeste con intención de volver el mismo día. Pasando sobre un monte alto nos detuvimos para ver si veíamos los indios; y efectivamente, vimos que se encontraban a la distancia de una hora. Nos paramos un poco y después nos decidimos de ir en su busca. Con no poca sorpresa pudimos ver que eran las dos familias del Capitán d' Antonio; pero los hombres que se habían escondido no se dejaron ver, no se si con malos intenciones u otros motivos. Nos paramos un tantico con las mujeres, regalándoles algunos pañuelos; después volvimos a la casa porque se hacía tarde.
(Al final de esta narración se encuentra, tachada, esta inscripción:
"Un hecho que me viene a la mente en estos días)

1904 Mayo (Escrito con lápiz)

Por el mundo sucede que las cosas se cambian. Así las personas a veces por conveniencia o inconveniencia deben cambiar de ocupación. Así me ha sucedido por mala suerte, pues tuve que hacer un paseo hasta Europa debiendo quedar en mi lugar otro hermano el cual pensando cambiar de método lo hechó casi todo a perder (?). Mi viaje me llevó seis meses de ausencia de la misión. A mi vuelta pensé en ocuparme seriamente de los animales domésticos estudiando de mejorar el campo para dividir y clasificar los animales, engrandeciendo el campo para dar cabida a más animales. De este modo pasé siete años, los últimos de la misión, sacando el mayor provecho posible para la Congregación. También en este trabajo fui ayudado por dos o tres indios onas para sacar leche, camppear, rodear, dividir, clasificar etc. en todo dirigidos por Tarable. En los últimos años teníamos cerca de 500 animales mas de cien

vacas lecheras que provean de leche por todo el año; cien animales para vender todos los años, con varias yuntas de bueyes.

Fin de los manuscritos del misionero salesiano Sr. Antonio Tarable vertidos al español (dejandole no obstante todo su sabor original) por el R.P.R.M.

10 de Marzo de 1933

D.M.A.C.T.